



*Jorge Díaz nace en 1930 en Rosario (Argentina) de padre y madre españoles. En 1934 su familia se traslada a Chile, donde realiza estudios primarios, secundarios y universitarios (Arquitectura) y adquiere la nacionalidad chilena.*

*Durante un tiempo trabaja como arquitecto, realiza exposiciones de pintura y participa en el grupo "ICTUS" como actor. En 1961 empieza a escribir teatro para el "ICTUS" hasta 1965 en que se traslada a Madrid y recupera la nacionalidad española de sus padres, sin perder la chilena.*

*En España se ha dedicado exclusivamente a escribir teatro y, esporádicamente, a colaborar con guiones dramáticos para la radio y la televisión.*

*De sus más de cuarenta obras estrenadas (sin considerar teatro infantil), destacan las siguientes: **El cepillo de dientes, Topografía de un desnudo, El locutorio, Toda esta larga noche, Ligeros de equipaje, Esplendor carnal de la ceniza, Desde la sangre y el silencio, Las cicatrices de la memoria, Matilde y Oscuro vuelo compartido.***

## OSCURO VUELO COMPARTIDO

Jorge Díaz

Personajes

Ana

Martín

Rafael

### PRIMER ACTO

*Martín está tocando el clarinete. Lleva puesta una vieja peluca de payaso de color rojo. No pretende ser cómico. Toca muy bien el clarinete. Lleva unos viejos vaqueros y una camiseta desteñida. Va descalzo. Aparenta unos treinta y cinco años. Entra Ana. Es difícil calcular su edad. Puede que tenga la edad de Martín, pero proyecta un espíritu mucho más joven. Viste en forma poco convencional, desenfadada. Tiene un aire distraído, pero no triste, como si estuviera ensimismada en una placentera visión interior. En las manos lleva un manojo de hierbas que parecen malezas. Ana mira a Martín sin decirle nada. Martín no la mira. Sigue tocando. Ella se quita algo de ropa que lleva, huele las hierbas y las mete en una lata que encuentra en una mesa. Luego se sienta sobre unos cojines que hay en el suelo y se quita los zapatos. Mira atentamente a Martín un rato. Martín deja de tocar. No se ha interrumpido por la presencia de ella sino que ha terminado el tema musical que ensayaba. Se quita lentamente la peluca de payaso. Se acerca a un espejo que hay en la pared y se mira atentamente la cara. Saca la lengua y luego se mira los dientes, levantándose para ello el labio superior. Ana se pone de pie y va hacia la mesa.*

ANA ¿Quieres un poco de café?

MARTIN (Sin mirarla) No hay café.

ANA Quedaba un poco.

MARTIN Sí, creo que cuando te fuiste la última vez quedaba un poco.

ANA Claro.

MARTIN Pero te fuiste hace ocho meses.

ANA (Asombrada) ¿Tanto?...

*Martín no le contesta. No parece enfadado en absoluto. Tampoco Ana parece triste ni arrepentida. El comportamiento de ambos es absolutamente natural.*

MARTIN Si quieres, hay té.

ANA Bueno.

*Martín va hacia la mesa y quita las malezas que Ana colgó en la lata.*

ANA ¿Por qué haces eso?

MARTIN Metiste tus hierbajos en la lata del té.

ANA ¿Hierbajos? ¡Son flores!

*Martín no le contesta.*

MARTIN Yo también tomaré un poco de té.

ANA Es una pena. Para ti las flores son malezas.

*Ana coloca amorosamente las malezas en otro cubo. Martín tropieza con los zapatos de ella. Recoge uno y lo mira.*

MARTIN ¿Dónde encontraste estos zapatos?

ANA ¿Qué tienen esos zapatos?

MARTIN ¡Son de fiesta!

ANA No los encontré. Me los compró.

MARTIN ¿Quién?

ANA Berto.

MARTIN ¿Quién es?

ANA Berto, el camionero... ¿no lo conoces?

MARTIN No sé quién es.

ANA Lleva unas alas de papel.

MARTIN ¿Por qué?

ANA No sé.

MARTIN Bueno, es muy corriente que los camioneros lleven alas de papel. Les gusta revolotear por ahí.

ANA No he dicho que las llevara él. Las lleva en el camión.

MARTIN (*Sarcástico*) Eso también es muy corriente.

ANA No, no lo es, pero Berto sólo carga en su camión alas de papel.

MARTIN No lo entiendo.

ANA Las cosas son así. No hay por qué entenderlas.

*Después de poner el agua en el infiernillo, Martín se sienta.*

MARTIN ¿Tienes hambre?

ANA Claro que no. Todas las noches he cenado sopa de tortuga.

MARTIN ¿Tortuga? ¡Qué asco!

ANA Pues es cosa fina. ¿Conoces un

restaurante que hay al lado de la estación? Sólo va gente rica. Piden cosas como cabeza de jabalí y salmón ahumado. Todas las noches abrían una lata de sopa de tortuga para nosotras.

MARTIN ¿Nosotras? ¿Quiénes?

ANA Las que fregábamos el suelo cuando cerraban.

MARTIN ¿Cuánto tiempo trabajaste allí?

ANA (*Impaciente*) Cuánto tiempo, cuánto tiempo... ¡qué sé yo! Una semana, quizás.

MARTIN Hay queso en el cajón.

ANA ¿Y el pan?

MARTIN Donde siempre.

ANA ¿Donde siempre?... Ya no me acuerdo dónde es "donde siempre"

*Martín abre un cajón y revuelve en el interior. Saca primero una nariz grotesca de payaso, atada con una gomita, que se coloca muy seriamente. Luego saca una barra de pan. Le da el pan a Ana y él se mira en el espejo, serio. Se acomoda la nariz. Ana le mira. Se ríe.*

MARTIN (*Serio*) ¿De qué te ríes?

ANA No sé. Te han venido a buscar, ¿verdad?

*Martín no contesta. Sigue mirándose en el espejo.*

Quieren que vuelvas, ¿no?

*Martín rebusca en otra caja finalmente unas grandes orejas de goma y se las coloca.*

¿Quién vino?

MARTIN Jocho.

ANA ¿Qué quería?

MARTIN Hacer una gira.

ANA ¿Y?

MARTIN Nada.

ANA (*Animándose*) Podríamos irnos, Martín, ¿te das cuenta?

MARTIN (*Sin mirarla*) Acabas de volver y ya quieres irte.

ANA (*Excitada*) ¿Cuándo empieza la gira?

MARTIN Le dije que no tenía todavía un programa completo.

ANA (*Que no quiere escucharle*) Empieza el buen tiempo y podríamos...

MARTIN Le dije que no.

ANA recorrer el Sur o las islas.

MARTIN Le dije que no.

ANA (*Asombrada*) ¿Le dijiste... qué?

MARTIN (*Buscando una segunda taza*)

Tendrás que tomar el té solo. No hay leche.

ANA ¿Qué le dijiste?

*Martín va hacia el infiernillo y echa agua caliente en el té.*

MARTIN Estás más delgada.

ANA Le dijiste que no porque tienes miedo.

MARTIN Deberías comer más.

ANA Te da miedo salir. Te da miedo hasta abrir las ventanas.

MARTIN ¿Quieres azúcar?

ANA (*Nerviosa, empezando a levantar la voz*)

¿Qué haces aquí? ¿Qué estás esperando que suceda?

MARTIN (*Le pasa la taza de té*) Toma.

*Martín, frente al espejo, se quita la nariz y las orejas de goma.*

ANA ¡No basta con mirarse al espejo!

*Martín se sirve una taza de té.*

MARTIN El té necesita su tiempo. No quedó con buen color.

ANA El público te asusta. (*Gritando*) ¡No eres un actor ni eres nada!

*Los dos están sentados. Martín revuelve el té. Se miran. Ana ya no grita. Le habla en otro tono, después de una pausa.*

¿Qué es lo que falla ahora?

MARTIN El clarinete.

*Un silencio. Beben el té.*

El clarinete es muy importante. Ya te conté cómo voy a hacerlo.

ANA (*En un susurro*) No, no me contaste.

MARTIN Mientras toco el clarinete, un foco se va moviendo como si bailara, independiente de mí. Yo busco la luz y la luz me rehúye. Cuando dejo de tocar, la luz se queda quieta. Es una especie de duelo entre el clarinete, la luz que se mueve y yo. Nunca he hecho algo así. Va a ser emocionante.

*Un silencio*

Pero no va a resultar. Falta algo. Tengo que esperar.

ANA ¿Hasta cuándo?

MARTIN Le dije a Jocho que no podía salir ahora.

ANA (*Tranquila*) Una mierda.

MARTIN Se marchó sin entenderlo. No creo que vuelva.

ANA (*Sin gritar*) ¡Eres una mierda!

*Ana se levanta y va hacia la puerta del dormitorio.*

MARTIN ¿A dónde vas?

ANA A dormir. Quiero dormir tres días seguidos.

MARTIN (*Tranquilo, sin moverse*) Duerme si quieres, pero no ahí.

ANA (*Sin entender*) ¿Dónde?

MARTIN En el dormitorio. Es mejor que no entres.

ANA ¿Por qué?

MARTIN Hay alguien.

ANA ¿Alguien?

MARTIN Sí. Debe estar durmiendo ahora.

ANA ¿Una mujer?  
MARTIN Sí.  
ANA ¿Quién?  
Martín no contesta. *Se encoge de hombros.*  
¿Está viviendo contigo?  
MARTIN Por el momento.  
ANA Nunca habías traído aquí a una mujer.  
MARTIN ¿Cómo lo sabes?  
ANA Nunca. Estoy segura.  
MARTIN Tú no sabes nada.  
ANA Es la primera vez que...  
MARTIN ¡Tú vas y vienes, te marchas, vuelves!  
ANA Hace sólo unos días, cuando me fui...  
MARTIN Hace ocho meses.  
ANA me dijiste que querías estar solo.  
MARTIN Ahora también.  
ANA ¿Qué?  
MARTIN Quiero estar solo.  
ANA Pero en cuanto estás solo buscas a alguien para llenar los huecos vacíos, ¿no?  
MARTIN *(Casi para sí)* No deberías haberte ido.  
ANA ¡Qué importa eso! Tantas veces...  
MARTIN Sí, tantas veces.  
ANA Sabes que no puedo resistir el encierro, tus ventanas cerradas.  
MARTIN No es eso.  
ANA Es verdad, no es eso.  
MARTIN No te gusta sentirte ligada a nadie.  
ANA Tampoco es eso. ¡Al diablo lo que sea!  
¿La quieres?  
MARTIN Sólo quieres entrar y salir sin que te hagan preguntas.  
ANA ¿La quieres?  
MARTIN Y yo no hago preguntas, así que haz lo que te dé la gana.  
ANA *(En un susurro)* ¿La quieres?  
MARTIN *(Después de una pausa)* No sé.

ANA *(Para sí)* ¿Y ahora?...

*Un silencio.*

¿Qué puedo hacer?

MARTIN Lo que has hecho siempre.  
ANA ¿Sabes dónde he estado todo este tiempo?  
MARTIN No hago preguntas Es lo convenido.  
ANA Te lo pregunto a ti, porque yo no me acuerdo. No me acuerdo de nada.  
MARTIN Tienes suerte. Yo no puedo olvidarme de nada.  
ANA ¡Qué raro!  
MARTIN ¿El qué?  
ANA Que vivas con alguien que no sea yo.  
MARTIN ¿Por qué te parece raro?  
ANA *(Moviéndose por el cuarto)* Debería haberlo sentido al entrar.  
MARTIN ¿Sentir? ¿El qué?  
ANA Ella... sus huellas, en las paredes, en la mesa, en tu ropa.  
MARTIN Cuando tú vives aquí, tampoco dejas huellas.  
ANA Es distinto.  
MARTIN ¿Por qué es distinto?  
ANA Porque hemos vivido mucho tiempo juntos. Las huellas de los dos se confunden.  
MARTIN ¿Mucho tiempo juntos? Mucho tiempo esperándote, querrás decir.  
ANA ¿Por qué duerme a estas horas?  
MARTIN ¿Por qué no habría de dormir cuando le dé la gana?  
ANA Es verdad. ¿Tocas el clarinete para ella?  
MARTIN Sí.  
ANA Tocas mejor que cuando estaba yo.  
MARTIN Creo que sí.  
ANA ¿La idea se te ocurrió estando ella aquí?  
MARTIN ¿Qué idea?  
ANA El número nuevo.  
MARTIN Sí.

ANA Es extraño.

*Un silencio breve.*

Créf que al marcharme yo...

MARTIN (*Completando*) Mi vida se detenía, ¿no? Que yo dejaba de respirar y sólo te esperaba.

ANA Sí, algo así.

MARTIN Pues no, ya ves. Sigo respirando y tocando el clarinete.

ANA Me voy. Terminará despertándose.

*Ana inicia el mutis. Martín la detiene cuando casi ha salido.*

MARTIN Espera.

*La trae de nuevo al centro de la habitación, cogida de un brazo. Busca un clarinete y empieza a tocar unas notas estridentes, agudas, precisamente al lado de la puerta del dormitorio.*

ANA (*Nerviosa*) Se va a despertar.

*Martín sigue tocando sus notas estridentes.*

¡Basta, Martín! Quieres que salga sólo para enfrentarnos.

Te salió el payaso otra vez. ¡Búscate otro público!

*Ana intenta nuevamente el mutis. Martín la retiene de nuevo.*

(*Gritando*) ¡No quiero verla!

*Martín deja de tocar.*

MARTIN No la verás.

ANA ¿Por qué?

MARTIN Porque no hay nadie.

*Martín le da una patada a la puerta que se abre bruscamente. Ana mira, asombrada, el interior del dormitorio vacío.*

ANA (*Dolorosamente desconcertada*)

Entonces... ¿por qué?

*Martín la atrae hacia él. Con gran lentitud le recorre la cara con los dedos. No la besa todavía.*

*Ana llora suavemente, sin ruido, casi a pesar de ella.*

*Martín sigue tocándola como un ciego.*

Quiero... quiero irme.

*Los dos se dejan caer blandamente sobre los cojines del suelo. Martín con ternura le abre la blusa y le desnuda los hombros con infinita ternura. Mientras lo hace, Ana le habla largamente, como sumergida en una visión. Martín la acaricia como si descubriera su cuerpo por primera vez.*

ANA El sábado pasado, cuando salí de aquí...

perdona, tú dices que fue hace ocho meses.

MARTIN Que más da. Fue hace ocho años... hace ocho vidas.

ANA Corrí hasta salir de la ciudad. Era el mediodía. Subí a un campanario y me desnudé, feliz, ciega de sol. Se oía a los pájaros. No, no eran pájaros, eran palomas. Estaba echada en el suelo, desnuda, y sentía aletazos en la cara. Una paloma picoteó mi sexo.

*Un silencio largo.*

No sé por qué me llevaron a una celda sin ventanas. Un guardia me acariciaba. Otro jadeaba encima de mí. Yo trataba de acordarme del campanario, del sol, de las palomas.

Por la noche vinieron otros... Se turnaban entre mis piernas abiertas. No me hubiera importado al aire libre.... ¡pero era una celda sin ventanas!

MARTIN (*Susurrando*) Te hicieron daño. Se puede leer en tu cuerpo como en la corteza de los árboles: nombres, fechas, moraduras nuevas, dientes.

ANA Morder, babear no es hacerte daño... amordazarte sí. Estuve gritando toda la noche, o a lo mejor no gritaba, quizás cantaba. Sí creo que canté toda la noche, amordazada.

*Canta muy bajito con la boca apretada. Se interrumpe.*

Y luego... el patio. Un patio pequeño, sin árboles.

MARTIN Yo he estado en ese patio. Hay setenta y dos baldosas en un sentido y cincuenta y una en el otro. Lo cruza un cable de alta tensión. En las paredes hay inscripciones hechas con las uñas. Yo escribí mi nombre.

ANA No, ése era otro patio. En el mío sólo había mujeres. Una ciega le daba un pecho a su hijo pequeño y las otras bebían de su otro seno.

MARTIN ¿Las otras?

ANA La bailarina, con los ojos llenos de carbón, la enana triste y la gitana, riéndose a carcajadas con los dientes de oro llenos de la leche de la ciega.

MARTIN Al menos no estabas sola.

ANA La que estaba sola era la Santa. No se movía. Tenía los ojos fijos y le caía un hilo de baba continuamente. Yo le daba de comer y me pasaba las horas al lado suyo.

MARTIN ¿Al lado de quién?

ANA De Eva. Las otras le decían la Santa porque parecía una estatua, pero yo la llamaba Eva. Nunca he visto una mujer tan hermosa, los pechos grandes, altos. Todas las noches, cuando apagaban la luz, la desnudábamos entre todas y nos quedábamos mirándola sin aliento.

MARTIN ¿Por qué?

ANA Tenía un gran falo entre las piernas. Nadie la tocaba. Algunas rezaban. Cuando sonaba la señal que obligaba al silencio, yo me acordaba de tu clarinete. El resplandor de la ventana enrejada era como un foco de teatro.

En la oscuridad, yo empezaba a ver tu actuación.

MARTIN (*Suavemente*) Nuestra actuación.

ANA Sí. Tú y yo anunciábamos algo maravilloso.

MARTIN ¿Qué anunciábamos?

ANA Gigantes tragafuegos

Tigres asesinos

Hombres pájaros

Sonámbulos en la cuerda floja

Arcángeles minusválidos

Almendras garrapiñadas

Azúcar de algodón

y palomas de maíz.

*Martín se incorpora, se sienta en el suelo y anuncia con voz de vendedor callejero.*

MARTIN ¡Atención, atención!

Nadie se mueva

Nadie se duerma

Nadie se muera

que va a ocurrir el milagro

¡Atención, atención!

Dentro de un periquete

va a alzarse el telón.

*Se interrumpe y se vuelve hacia Ana.*

¿Y luego?

ANA Luego, ¿qué?

MARTIN ¿Qué hacía yo?

ANA Tocabas el clarinete.

*Ana está fascinada como un niño. Como si algo que hubiera imaginado se estuviera convirtiendo en realidad. Martín toca el clarinete.*

Ana se coloca una gorra de Martín, que le queda muy grande. Coge una larga barra de pan y hace como que toca el saxofón acompañando el clarinete. Se escucha, efectivamente, un sonido de saxo. Hay un foco sobre ellos. La luz ha cambiado. La atmósfera es irreal. Martín deja de tocar. Cambia bruscamente la atmósfera irreal. Vuelve la luz normal.

MARTIN ¿Y qué pasaba después?

ANA (*Desconcertada*) ¿Qué?

MARTIN En tu sueño. ¿Qué hacíamos después?

ANA ¡No era un sueño!

MARTIN Es lo mismo.

ANA No hacíamos nada.

MARTIN ¿Nada?

ANA Lo sabes muy bien: esperábamos los aplausos.

MARTIN Y no venían los aplausos, sólo burlas y gritos.

ANA Sigue tocando.

MARTIN ¿Para qué? Nunca trabajaremos juntos.

ANA Ya lo hemos hecho.

MARTIN Nunca. Lo has inventado.

ANA ¿Y la luz sobre nosotros? ¿Y el público?

MARTIN No hay nadie. Nunca ha habido nadie.

ANA (*Ansiosa*) Quizás todavía podemos hacerlo.

MARTIN ¿Hacer qué?

ANA Salir juntos.

MARTIN Se reirían de nosotros.

ANA De eso se trata.

MARTIN No soy un payaso.

ANA ¿Y qué eres?

MARTIN No sé... Alguien... alguien que toca el clarinete.

ANA Solo, mirándose al espejo.

MARTIN Sí, solo. ¿Y qué?

ANA Que ya no estás solo.

MARTIN No estoy seguro. Siempre que me despierto, te has ido.

ANA Ahora estoy aquí. Tócame.

*Martín la toca como un ciego.*

ANA Soy real, ¿no?

MARTIN No, no eres real.

ANA ¿Ni siquiera ahora?

*Ana le coloca la mano entre sus pechos.*

MARTIN Ni siquiera ahora.

*Un silencio largo, tenso.*

*(Con un susurro apenas audible)* Quédate.

ANA (*Sin mirarle, angustiada*) No... no puedo. No puedo quedarme aquí, bajo tierra.

MARTIN No estamos bajo tierra. Hay ventanas.

ANA Cerradas.

MARTIN Puedes entrar y salir.

ANA Sólo puedo huir.

*Mira fijamente al frente, como perdida.*

Una burbuja...

MARTIN ¿Qué?

ANA A Eva se le hinchaba una burbuja de saliva en la boca, cuando quería decir algo. La burbuja reventaba y ella no decía nada.

MARTIN ¿Y eso qué tiene que ver?

ANA No sé. Me acordé de repente.

*Martín se pone de pie bruscamente y camina por la habitación con violencia contenida, con cierto apasionamiento.*

MARTIN No puedo irme ahora. Se lo dije a Jocho.

ANA ¿Por qué?

MARTIN Cuando parece que he encontrado algo emocionante, de repente todo parece ridículo.



ANA ¿La función?

MARTIN Estoy casi tocándola con la punta de los dedos. Sé que falta algo, pero no sé lo que es.

ANA Falta todo lo que no vas a encontrar aquí, lo que está afuera: los golpes, los partos, las agonías. ¿Cómo quieres emocionar a nadie sin perderte antes entre la gente?

MARTIN Lo puedo hacer solo. No necesito a nadie, sólo el clarinete.

ANA Para dejar a la gente que te mira sin aliento, tienes que morir antes mil veces de miedo y de asco.

MARTIN (*Obsesionado*) Lo que falta puede ser un gesto, la luz, cualquier cosa. Tengo que sentir aquí que la cosa marcha (*Se golpea el vientre*) y ahora sólo siento un hueco vacío.

*Ana lo mira. Se mueve por la habitación buscando algo.*

ANA Ya veo. Piensas con el ombligo.

MARTIN Claro. El ombligo es muy importante, qué te crees.

ANA ¡Ombliquista!

MARTIN (*Se vuelve a golpear el vientre*) De aquí tiene que salir todo.

*Ana parece encontrar lo que buscaba. Recoge una bolsa que hay en el suelo y entra al dormitorio.*

ANA (*Desapareciendo*) ¡Mírate el ombligo el resto de tu vida!

MARTIN Es lo que haré.

*Martín se sienta en el suelo con las piernas cruzadas. Se levanta la camiseta y se mira, abortido, el ombligo.*

*En el diálogo que sigue, Ana habla desde el dormitorio.*

*Martín le contesta mirándose siempre el ombligo.*

ANA (*Desde el dormitorio*) ¡Aquí ha dormido alguien!

MARTIN Onfaloskepsis.

ANA ¡Qué nombre! ¿Quién es?

MARTIN Onfaloskepsis. Es la contemplación del ombligo. Uno de los principales caminos de la sabiduría.

*Ana sale un momento del dormitorio. Busca algo en la habitación. Coge una caja de cartón y la barra de pan y entra de nuevo al dormitorio comiendo el pan.*

ANA ¿Por qué tienes la maldita costumbre de freír salchichas sobre la cama? Sabes que eso me da hambre.

MARTIN Los onfalópsicos, es decir, los creadores, pueden estar dieciocho horas seguidas mirándose el ombligo.

ANA (*Adentro*) Un día voy a quemar las sábanas. Ya sé que son históricas como los Manuscritos del Mar Muerto, pero así y todo voy a quemarlas.

No deberías permitir que todos los que duermen en ellas dejen su firma.

MARTIN Antes de observarse el propio ombligo, es necesario contemplar un número suficiente de ombligos ajenos.

¿Tienes siquiera una idea de lo que hacían los sacerdotes de Pitón?

ANA Cualquier cosa menos guardar pelucas y pepinos debajo de la cama como tú.

MARTIN Ellos no tenían cama. Se contemplaban el ombligo día y noche hasta que lo veían crecer, desenrollarse y transformarse en una serpiente.

*Deja de mirarse el ombligo.*

¿Sabes quién fue Onfalia?

ANA Alguna guarra, amigueta tuya.

MARTIN Onfalia, "la ombliguda", la que parió

las siete artes de la representación. Hércules se disfrazó de partera sólo para poder contemplarle el ombligo mágico.

ANA Para tu propia información, debo decirte que yo no tengo ombligo, ni mágico ni de ninguna otra clase.

MARTIN Serías el Anticristo. Lo que pasa, sencillamente, es que nunca te has contemplado. Siempre estás fuera de ti misma. Lo único útil que se puede hacer en esta vida es inclinar la cabeza sobre el pecho y contemplarse el ombligo.

ANA Por mí, como si te da por mirarte el rabo.

MARTIN No me hables. Estoy acercándome al ombligo neutro, a la pasividad.

*Un silencio.*

*Martín sigue completamente inmóvil mirándose el ombligo.*

*Una pausa.*

*Entra Ana golpeando unos platillos de metal con estrépito. Se ha disfrazado con lo primero que ha encontrado a mano. Las ropas son de Martín y le quedan cómicamente enormes. Se ha maquillado los ojos muy negros y se ha pintado rayas como si fueran pestañas.*

*Se mueve con extraordinaria vitalidad. No es ni un payaso ni una caricatura fácil, es ella misma. Algo muy especial.*

*Resulta evidente que está improvisando, que no es un papel aprendido de memoria, que se embriaga con su propia imaginación descontrolada.*

*Golpe de platillos.*

ANA ¡Atención, señores y señoras, corten sus ombligos de una putísima vez, porque vamos a cambiar de piel, de uñas, de incisivos y de cuero cabelludo!

*Golpe de platillos.*

¡Vamos a arrancar la mirada del ombligo, porque afuera están llamado los carteros, porque se venden uvas en las calles, porque están creciendo las cosas sin

nosotros  
y tenemos que crecer con ellas,  
con las moscas zumbonas,  
con la perra recién parida  
y con las lagartijas!

*Golpe de platillos.*

Excelentísimos señores  
Honorables Mangantes  
Eminencias  
Fulanas  
Tíos ricos  
Vamos a cortar el largo, larguísimo  
cordón umbilical  
y vamos a salir a cantar  
panes y leches  
huesos y rosas  
Vamos a salir con el ángel virtuoso  
y el ángel cheposo  
a pedalear por el aire  
revoloteando  
hacia cualquier parte.

*Golpe de platillos.*

*Martín se pone de pie, dejándose llevar por el clima festivo y la improvisación lúdica.*

¡Vamos a inventar lo misterioso  
lo imposible  
lo inútil!  
El colador sin agujeros  
los huevos de dos yemas blindadas  
y el corset de castidad.

*Martín entra decididamente en el juego.*

MARTIN ¡Vamos a inventar la confusión!

El número diez al revés

ANA El 430 y el 516

MARTIN El piojillo de la sarna  
y la mariposa de la luz

ANA El gusano de la manzana

y el molinillo de café  
MARTIN Los telegramas  
la caspa  
los colmillos  
ANA Y la jalea de membrillo  
MARTIN La silla de tres patas  
ANA La tía con jaqueca  
MARTIN Y el chupete de teta

*Se empiezan a reír, pero siguen el juego.*

ANA El canónigo amarillo  
MARTIN Y el avestruz con tos  
ANA El peluquín de sobaco  
MARTIN Y la lavativa de coñac  
ANA El pañuelo acatarrado  
MARTIN Y el amante en el armario

*Se están riendo a carcajadas incontenibles, cuando bruscamente suenan unos golpes violentos en la puerta. Ambos dejan de reír y se quedan inmóviles. Los golpes se repiten con más fuerza. Alguien llama a la puerta con brusquedad e insistencia. Ninguno de los dos se mueve. Ana inicia un movimiento hacia la puerta con la intención de abrirla.*

MARTIN (Susurrando) ¡No abras!  
ANA (En voz baja) ¿Por qué?

*Martín hace un gesto indicándole que se quede en silencio.*

*Ambos inmóviles en el silencio. Vuelven a oírse los golpes con fuerza. Martín retrocede, francamente asustado. Ana, desconcertada.*

ANA ¿Qué te pasa?

*Martín ahora ni siquiera le contesta.*

(En un susurro) Debe ser Jocho.  
Seguro que es Jocho.

*Martín niega con la cabeza. Los golpes cesan. Un silencio largo.*

ANA (En voz baja) Se ha ido.

(Con voz normal) Es idiota que la gente golpee así las puertas. Suponte que hubiéramos estado haciendo el amor (Se ríe).

*Ana toma del brazo a Martín.*

Estás temblando.

*Martín no le contesta.*

Te prepararé un poco de té con estos hierbajos, como dices tú.  
¿Sabes cómo se llaman?

*Martín no contesta.*

Las flores de la serenidad. Genciana, malvavisco, ruda y amaranta silvestre. Tranquilizan, hacen soñar. Conocí a un hombre que rumiaba cortezas de enebro. Me dijo que las masticaba desde muy joven. Yo le pregunté si eran buenas para la salud. "No", me contestó, "dicen que acortan la vida sin dolor. Es lo que estoy intentando desde hace cincuenta años: no llegar a viejo. Y ya ve, tengo ochenta años."

*Ana se ríe. Martín está mirando fijamente la puerta donde se escucharon los golpes. Ana se da cuenta.*

Yo no cerré la puerta cuando entré.

MARTIN La cerré yo, después.

ANA ¿Con cerrojo?

MARTIN Sí.

ANA ¿Por qué no quisiste que abriera?

MARTIN No era Jocho.

ANA ¿Cómo lo sabes?

MARTIN El tiene miedo de venir aquí.

ANA ¿Miedo?

MARTIN Sabe que me buscan.

ANA ¿Por qué?

MARTIN Lo de siempre.

ANA Esa es una historia muy vieja. Ya estás de vuelta de todo eso.

MARTIN Por eso mismo. Sólo si me siguiera pinchando me dejarían tranquilo.

ANA Imaginaciones tuyas.

MARTIN Imaginaba cosas cuando tenía la droga en el cuerpo, ahora no.

ANA No me refiero a eso.

MARTIN ¿A qué te refieres, entonces?

ANA No hay razón para que te sientas acorralado.

Todo lo contrario. Deberías sentirte liberado.

MARTIN Palabras, palabras... Tú no entiendes nada.

ANA Desgraciadamente entiendo mucho, más que tú.

MARTIN No dejas que te ayude. Te escapas. Solo no se puede hacer nada. Yo pasé lo peor, porque estuve aguantándome.

ANA Por favor, no hablemos de eso.

MARTIN Es de lo único que tenemos que hablar. Quiero saber todo lo que pasó. Será la única forma de no volver a empezar.

*Un silencio largo.*

*Ana empieza a contar con suavidad, como si no se tratara de ellos.*

ANA La primera semana estuve tranquilo. Al terminar la segunda semana empezó todo.

MARTIN ¿Qué empezó?

ANA Las convulsiones. Me pediste que te atara a la cama.

MARTIN ¿Lo hiciste?

ANA No. Cuando trataba de cubrirte con una manta me mordías.

No permitías que me acercara a ti. Parecías que me odiabas.

MARTIN Te odiaba. Podría haberte matado.

ANA Vomitabas encima de mí, me arañabas.

Finalmente la debilidad te dejó como un guiñapo. Sólo te quedaban fuerzas para escupirme.

MARTIN No recuerdo nada.

ANA Una mañana te levantaste tambaleando y cerraste la puerta y las ventanas.

MARTIN Era que empezaba a quererte.

ANA (*Sollozando bajito*) Pero yo no lo sabía... no lo sabía.

MARTIN Esa mañana te inyectaste por primera vez, con la misma jeringuilla que yo había abandonado.

ANA (*Angustiada*) No hablemos de eso.

MARTIN Hay que hablar, hay que hablar...

*Martín la coge por los hombros con firmeza. Ana se libra de él con un gesto y se dirige a la puerta.*

ANA (*Violenta*) ¡No! ¡Déjame! ¡Tú no sabes nada!

*Martín la alcanza y le habla a la cara, pero sin gritar.*

MARTIN ¡Esta vez te vas a quedar aquí!

ANA (*Gritando*) ¿No te das cuenta? ¡Sólo fuera de aquí estoy viva!

MARTIN No, no lo estás.

ANA Ni siquiera me preguntas lo que hago, por qué tardo tanto tiempo en volver.

MARTIN Sé lo que me cuentas, lo que inventas, lo que imaginas.

ANA ¡No sabes nada!

MARTIN También sé lo que tratas de encontrar en la calle: un pellizco de mierda para tus venas. Eso es lo que vas mendigando por ahí: basura para creer que estás viva.

ANA (*Violenta, gritando*) ¿Y qué crees que hay para ti en la calle? ¿Algo tan terrible como para cerrar la puerta con cerrojo?

*Martín la suelta. Se repliega sobre sí misma. Evidentemente se siente tocado al hablar de eso.*

MARTIN (*Inseguro*) Ellos

ANA ¡Mentira! ¡No hay nadie que te busque!

MARTIN Están ahí... afuera.

ANA ¡No hay nadie!

MARTIN Tú has oído cómo golpeaban la puerta.

ANA ¿Pero por qué te iban a amenazar?

MARTIN No me amenazan. Quieren saber que sigo aquí, que no me he marchado. Eso es todo.

ANA Pretextos tuyos para no salir.

MARTIN No tengo dónde ir.

ANA Antes ibas y venías, tocabas el clarinete, te aplaudían. No ha pasado tanto tiempo.

MARTIN Era muy fácil entrar en el ambiente, establecer los contactos, pagar... pero luego ya no puedes irte. Tú los necesitas y ellos te necesitan a ti. Tú pagas y ellos te echan una mano. No hay problemas.

ANA ¿Tú crees que no hay problemas?

MARTIN Bueno, sí, los hay, pero de alguna manera todo es concreto, inmediato, todo se reduce a ir buscando la dosis. Pero si uno ha conseguido dejarlo, todo cambia. Te transformas en un delator en potencia. Eres ya un enemigo, un traidor. Luego, tampoco hay sitio para ti al otro lado, entre la gente limpia y sensata que saben que eres un tipo que se pinchaba, ¿comprendes?

ANA No tienen por qué saberlo.

MARTIN Pero lo saben y, sobre todo, lo sabes tú mismo, y eso basta. Ese mundo está cerrado para ti, ¿te das cuenta? Ellos duermen bien por las noches, no tienen pesadillas, leen las páginas deportivas, ven la televisión.

ANA ¿Crees que por eso son felices?

MARTIN (*Gritando*) ¡No se trata de eso! ¡Me importa un comino si no son felices! ¡Se trata de que yo no soy uno de ellos, que no puedo pararme a tocar el clarinete mirándoles la cara! Y si no les miro la cara no puedo tocar.

(*Baja la voz. Ronco, casi para sí*) Y tampoco estoy ya con los otros...

ANA ¿Quiénes?

MARTIN Los que venían aquí a volar conmigo.

ANA Yo, por ejemplo.

MARTIN Tú eres otra cosa.

ANA ¿Qué soy yo?

MARTIN Alguien que no está en ninguna parte.

ANA (*Irritada*) Y tú, ¿quién crees que eres?

MARTIN Alguien que quiere actuar sin público, solo frente al espejo.

ANA Porque te da la gana, porque prefieres podrirte aquí.

MARTIN Cuando uno deja la droga deja también el único sitio que tiene y empieza a flotar, sin gravedad, alejándose siempre.

ANA Nadie te persigue. La realidad es mucho más espantosa: a nadie le importas un pito.

MARTIN Tú los necesitas todavía y ellos te necesitan a ti.

ANA Me da lo mismo. Son sombras, no tienen rostro.

MARTIN Yo también creía eso. Durante estos años he conocido a revendedores, traficantes, compañeros de viaje. Ninguno tenía una cara, un nombre que recuerde. Pero ahora ellos quieren que yo esté mudo, ojalá muerto... bien muerto.

ANA El mundo no termina con ellos.

MARTIN Ah, claro, está tu propia familia, tus antiguos amigos. Ellos te quieren bien, ¿verdad? Quisieran que estuvieras en un sanatorio. Los sanatorios son tranquilizantes. "Ya verás, estarás muy

bien atendido. Hay horas de visita y jardines". ¿Sabes lo que te digo? ¡No quieren tranquilizarme, quieren tranquilizarse ellos mismos! Yo les produzco culpabilidad, inseguridad.

ANA (*Yendo hacia el infiernillo*) Te prepararé la infusión.

MARTIN Ojalá sea venenosa.

ANA (*Sonriendo*) No te preocupes. Para ti siempre las hago mortales de necesidad.

MARTIN Es tentadora una muerte así.

*Ana se acerca con dos tazas.*

Déjalo. Sólo me enveneno de once a doce.

ANA ¡Pues yo sí que necesito estas malditas hierbas!

*Ana bebe. Martín la mira atentamente.*

MARTIN Estás nerviosa.

ANA No, estoy lúcida. Mira mi mano, casi no tiembla, ¿verdad? Ni los párpados tampoco, bueno, un poco sí, pero no mucho.

*Ana extiende la mano, que tiembla un poco. Martín le coge la mano y la retiene.*

MARTIN ¿Por qué has vuelto?

*Ana se ríe, nerviosa.*

ANA Nunca lo sé.

MARTIN (*Sin soltarle la mano*) No tengo droga, si eso es lo que has venido a buscar.

*Ana suelta su mano de entre las de él.*

ANA ¡Estúpido!

MARTIN Si quieres puedes registrar toda la habitación. Será inútil. No tengo nada.

ANA ¡Cállate!

MARTIN Has pensado: "No habrá podido resistir. Se sentirá solo. Se estará

pinchando de nuevo. Quizás pueda compartir conmigo un gramo o quizás pueda robarle algo."

*Ana está acongojada. Da la impresión de que está a punto de llorar.*

ANA No vine por eso. Simplemente vuelvo... vuelvo siempre.

*Martín, repentinamente conmovido, le empieza a besar los brazos llenos de pinchaduras.*

MARTIN Lo sé, lo sé... No me hagas caso. Puedo darte tan poco. Sé que besarte no es igual que pincharte.

ANA Es mucho más. Quizás vine a buscar esto nada más.

*Se besan. Se acarician. Se van desnudando con naturalidad. Martín le besa el cuerpo.*

MARTIN Eres y no eres la misma. Tienes el cuerpo lleno de huellas que no reconozco.

ANA Sólo pinchazos nuevos.

MARTIN No... es la lengua, las uñas, la saliva de los otros. ¿Por qué tengo que descubrirte cada vez? Tengo que empezar siempre de nuevo a cambiarte de piel, a darte vuelta del revés.

*La escena empieza a oscurecerse casi imperceptiblemente. Ambos se quedan un rato quietos, gozando del simple contacto físico.*

ANA Si te fueras a vivir a otro lado, no te encontrarían.

MARTIN Cuando quieren, siempre terminan por encontrarme. Primero la buhardilla, luego el sótano y ahora aquí. Seguramente les basta con seguirte. Hoy los has guiado hasta aquí.

ANA Allí no te encontrarían.

MARTIN ¿Allí? ¿Dónde?

ANA Encontré un ático lejos del centro. Es una especie de pajarera. Está junto al estanque de agua y la máquina de los ascensores.

Claro que habría que arreglarlo un poco.

MARTIN (*Desconcertado*) ¿Salir de aquí?

ANA Es un barrio alejado. No te conocen.

MARTIN Necesito ensayar.

ANA Hay una terraza, bueno, una especie de tejado, en realidad. Podrías ensayar al aire libre.

MARTIN No me gusta estar al aire libre.

ANA (*Entusiasmándose*) Podrías tocar el clarinete sin que nadie te oiga. Es como estar en una torre. Podríamos plantar hierbas en macetas.

MARTIN ¿Podríamos? ¿Vas a vivir conmigo?

ANA Claro, hay sitio para dos.

MARTIN ¿En serio?

ANA ¿Por qué no?

MARTIN (*Riendo*) En todo caso, vivir juntos sería tan malo como estar separados.

ANA (*Feliz*) Colgaríamos ropa a secar en el tejado, comeríamos aceitunas sólo para escupir los huesos al aire.

MARTIN Y tendríamos canarios.

ANA Y aves del paraíso, si quieres.

MARTIN Criaríamos gallinas.

ANA ¿Gallinas en los tejados? ¡Estás loco! En todo caso, palomas.

MARTIN No, gallinas y cerdos.

ANA Y tortugas.

MARTIN Envasadas en lata.

ANA Y tendríamos un hijo.

*Los dos se quedan bruscamente en silencio.*

MARTIN (*Casi para sí*) Un hijo... quizás así no te marcharías.

*Un silencio.*

Ana...

ANA Sí.

MARTIN Ese ático no existe, ¿verdad?

ANA No.

MARTIN Y será inútil buscarlo, ¿no?

ANA Sí, será inútil.

MARTIN ¿Por qué?

ANA (*Extendiendo un brazo*) Míralos.

MARTIN Ya lo sé, acribillados. Esas cicatrices desaparecen pronto. Lo importante es intentarlo.

ANA Sabes que lo he intentado muchas veces.

*Se incorpora separándose de Martín. Apoya la espalda contra la pared.*

Además, ¿para qué? Recuerdo mi vida de antes y era más estúpida aun que la de ahora. Quizás viviendo allí, subidos en ese tejado que he imaginado, no sé, a lo mejor podría aferrarme a ti, y entonces... pero ahora, ahora no puedo.

*Martín ha cerrado los ojos. Ana habla casi para sí, en voz baja.*

*El escenario está en penumbra.*

Cada vez es como si fuera la primera vez. Sólo en ese momento las cosas encuentran su sitio justo. Todo el universo se disloca, menos yo. Yo soy el centro.

*Un silencio breve.*

La última vez fue en unas ruinas. Creo que era una iglesia. Había murciélagos ciegos y nichos. Estuvimos esperando toda la noche. Eramos tres. Una chiquita de catorce años que se retorció por los calambres y las tercianas y un muchacho que blasfemaba y rezaba frente a una imagen sin cabeza. El tipo que esperábamos llegó a la madrugada. Mientras le pagábamos, llorábamos de

alegría. Nos empezamos a agujerear las venas como locos, todos juntos, en el altar mayor.

De repente, un resplandor nos iluminó dejándonos ciegos. La chiquita gritaba: ¡Milagro, milagro! La policía había rodeado la iglesia en ruinas y encendía focos, pero a nosotros no nos importaba nada. Los tres nós refíamos.

Ahora, sólo me acuerdo de una luz celestial y la música triunfal del órgano de la iglesia y los coros de los niños. Los ángeles uniformados revoloteaban a nuestro alrededor tocando las sirenas y de sus alas caían plumas verdes y azules.

*Un silencio.*

*Ana está con los ojos fijos mirando una visión interior.*

Me dieron las corrientes.

Las manos y los pies atados a una parrilla y una bola de caucho entre los dientes. Los globos de los ojos saltaban y rodaban por el suelo. Yo me miraba con los dedos de los pies. Tenía ojos en los dedos. En cada poro reventaba un color. Chapoteaba por el interior de mis venas como si estuviera en una cloaca. Creo que pasaron años, varias vidas... atada allí, aullando. Luego... la oscuridad.

*La habitación está prácticamente a oscuras.*

*Un silencio. Ana se arrastra por el suelo hasta donde está Martín.*

*(Susurrando)* Escucha... Quizás no te buscan a ti, sino a mí. Yo también necesito esconderme, pero no lo resisto.

*Un silencio. Martín sigue inmóvil. No contesta. Su respiración es regular y pesada.*

*(Con un susurro)* ¿Estás dormido?

*Silencio. Ana se pone de pie lentamente. Se termina de vestir.*

*Busca algo febrilmente entre las cajas y los muebles de la habitación. Lo que busca no lo ha encontrado. Va hacia la ventana y la abre.*

*Se acerca a Martín y lo mira dormir. Luego, sin hacer ruido, se acerca a la puerta y sale.*

*Se escucha una serie de ruidos que vienen del exterior. El silbato lejano de un tren, otros ruidos más cercanos como el llanto de un niño o el desagüe de una cisterna.*

*En ese momento, se escuchan nuevamente los golpes en la puerta, los mismos golpes de antes, violentos, urgentes.*

*Martín se despierta sobresaltado. Se incorpora y se pone de pie con rapidez. Mira a su alrededor y llama en voz baja.*

MARTIN Ana... Ana... ¿estás ahí?

*Un silencio. Vuelven los golpes sobre la puerta, esta vez más insistentes.*

*Martín retrocede lentamente hasta la pared del fondo. Está tenso, angustiado. Su espalda choca contra la pared. Se deja deslizar por ella hasta quedar hecho un ovillo en el suelo.*

*Los golpes continúan.*

*Las cortinas se cierran.*

*Fin del Primer Acto.*



## SEGUNDO ACTO

*Silencio. Los golpes han cesado. En la habitación a oscuras, Martín está de pie, tenso, mirando hacia la puerta. Enciende la luz de una lámpara baja. Va hacia la puerta y la abre. En el umbral está un hombre un poco mayor que Martín. Lleva una cazadora de ante. Seguro de sí mismo, pero no agresivo. Se miran un momento, inmóviles. El hombre entra sin que Martín le haya dicho nada. Mira la habitación con curiosidad, pero sin grosería. Martín cierra la puerta lentamente.*

MARTIN ¿Qué quiere?

RAFAEL Vivías mejor en el ático. Aunque esto tampoco está mal.

MARTIN *(Sin mirarle)* ¿Cómo me encontró?

RAFAEL No fue difícil. Va dejando rastros por todas partes.

MARTIN ¿Quién?

RAFAEL Ana. Siguiéndola siempre termino por encontrarte.

*Rafael coge el gran mascarón de cabezudo de pasacalle. Lo mira con curiosidad.*

¿Preparas algo nuevo?

*Martín no contesta.*

Se te dan bien estas cosas.

MARTIN No, se me dan mal.

RAFAEL *(Irónico)* Y entonces, ¿para qué?

MARTIN Intento sobrevivir.

RAFAEL ¿Vale la pena?

MARTIN ¿El qué?

RAFAEL Sobrevivir.

*Martín no contesta. Rafael recorre la habitación, aparentemente sin interés, pero observándolo todo.*

RAFAEL ¿Y los canarios? Tenías varias jaulas.

MARTIN No pueden vivir encerrados.

RAFAEL Tú tampoco.

*Martín no le contesta.*

No deberías haber dejado el ático. Tener una terraza no es poca cosa. Se pueden criar pájaros, plantar macetas... ¿Recuerdas esa plantita rara que me diste?

MARTIN No le di nada. Me la robó, sencillamente.

RAFAEL Creció una barbaridad. Ahora tengo varias macetas. La terraza es como un invernadero. Cuando apago la luz, la casa entera parece un bosque. En cambio aquí, cuando apagas la luz sólo tendrás oscuridad, ¿verdad?

*Rafael apaga la luz. Los dos quedan un momento recortados en la oscuridad. Se enciende nuevamente la luz.*

¿Lo ves? Deberías tener una terraza.

*Martín le da la espalda a Rafael y se coloca los zapatos, ya que estaba descalzo.*

Estuve hablando con la portera. Me dijo que no sales nunca, que ni siquiera le abres la puerta a ella, que se pasa la vida golpeando.

*Martín va hacia la mesa y bebe agua con avidez.*

¿Te ocurre algo?

MARTIN No.

RAFAEL Da la impresión de que tienes miedo.

MARTIN No tengo miedo.

RAFAEL ¿Pensabas volver a verme?

MARTIN No pensaba en eso.

RAFAEL Eres poco realista. Sabes que siempre volvemos a vernos.

*Rafael señala la puerta cerrada del dormitorio.*

RAFAEL ¿Está ahí?

MARTIN ¿Quién?

RAFAEL Ana.

MARTIN No.

*Rafael va hacia el dormitorio y abre la puerta. Enciende la luz y echa un vistazo. Luego apaga la luz.*

RAFAEL ¿Cuándo se fue?

MARTIN No ha estado aquí.

*Rafael coge el puñado de hierbas que aún esta sobre la mesa y las huele. Se ríe.*

RAFAEL Yo diría que sí.

*Recoge el impermeable de Ana que está sobre una silla y también el bolso. Va hacia la mesa y vuelca el contenido del bolso.*

Siempre me ha sorprendido lo que encuentro en el bolso de Ana: flores secas, toda clase de piedras, lápices de colores, caramelos, recortes de periódicos, una cucharilla, un escarabajo, una medalla y un cordón de zapatos.

MARTIN (*Tenso*) ¿Qué busca?

RAFAEL (*Sin contestarle directamente*) Le gusta recoger la basura de la calle, cáscaras, colillas, chapas.

MARTIN ¿Es un registro?

RAFAEL ¿Adónde fue? ¿Te dio algo antes de irse?

MARTIN (*Con cansancio*) Las mismas preguntas, los mismos gestos. Hemos representado esta escena muchas veces.

Hace sentirme viejo.

RAFAEL Y asustado.

*Un silencio.*

¿A qué hora va a volver?

MARTIN No sé.

RAFAEL La esperaré.

MARTIN La última vez tardó ocho meses.

RAFAEL Esta vez no tardará.

MARTIN Es lo que me digo yo cada vez que se va.

RAFAEL Volverá.

MARTIN Pero luego, cuando pasan los meses, me doy cuenta que estaba equivocado. Lo mejor sería olvidarse de ella.

RAFAEL Volverá. La conozco mejor que tú.

MARTIN Nadie la conoce.

*Rafael se sienta tranquilamente y saca un paquete de cigarrillos. Le ofrece a Martín, que niega con un gesto. Rafael enciende el cigarrillo.*

RAFAEL Supongo cuál es la razón por la que no la puedes olvidar.

MARTIN (*Abstraído*) ¿Qué?

RAFAEL Tú no sales de esta habitación. Es ella la que te tiene que proveer.

MARTIN (*Con cierto cansancio*) Hace mucho que dejé todo eso.

RAFAEL Nadie deja la droga, Martín. Tú lo sabes. ¡Nadie!

MARTIN (*Irritado*) ¡Déjeme en paz! ¡Registre, tome mi declaración y váyase a la mierda!

RAFAEL (*Suavemente*) Estamos charlando, Martín, sólo eso. Te tengo afecto. Me gusta conversar contigo. Me relaja.

MARTIN A mí no.

RAFAEL ¿Tienes algo de beber?

MARTIN Agua.

RAFAEL Es curioso que seáis tan puritanos. No os emborracháis, el sexo os tiene sin cuidado. Si no fuera por ese detalle tonto - la jeringuilla - seríais los ciudadanos ejemplares, modelos de sobriedad. ¡Lástima que os pierda ese detalle!

MARTIN (*Hastiado*) ¡Váyase!

RAFAEL (*Suave*) No puedo, Martín. Tengo que esperarla.

MARTIN ¡Búsquela en otro sitio!

RAFAEL (*Tranquilo*) La busco donde tiene que estar, adonde terminará por venir.

MARTIN ¡Déjela en paz!

RAFAEL (*Amable*) Trato de ayudarla, Martín, pero se ha metido en un buen lío. ¿No te dijo nada?

MARTIN ¿Qué es lo que me tenía que decir?

*Rafael se pone de pie y tira el cigarrillo.*

RAFAEL Necesito una copa. ¿Seguro que no tienes nada para beber? Cualquier cosa.

MARTIN No.

RAFAEL ¿Ni siquiera un vino de mala muerte?

MARTIN No.

*Un silencio.*

RAFAEL (*Sin mirar a Martín, casi sin darle importancia*) Robó un buen paquete, medio kilo más o menos. Debe estar tratando de esconderlo.

*Martín se vuelve hacia Rafael con brusquedad y le mira asombrado y asustado. Rafael camina por la habitación abriendo cajones en forma distraída.*

Este es el último lugar del mundo donde se me ocurriría a mí esconder una cosa así, pero Ana es como una niña de tres años con

un caramelo; lo esconde y vuelve siempre donde su padre, su hermano o su compañero de juegos para pedir más.

Porque tú eres todo eso para ella, ¿no?

MARTIN No lo sé.

RAFAEL ¿Hay algún sitio donde se pueda comprar algo para beber?

MARTIN Creo que sí.

RAFAEL Tranquilízate, vuelvo enseguida. No tienes por qué vestirme. No quisiera molestar. (*Se ríe*)

*Rafael sale.*

*Martín se queda solo e inmóvil, angustiado. De pronto reacciona con gran rapidez. Se mueve por la habitación buscando algo, por los rincones. Abre cajas, va al dormitorio, vuelve. Mira a su alrededor, tenso, nervioso.*

*Se sube a una silla y mira sobre el armario. Busca detrás de los cuadros y golpea sobre las molduras. No encuentra nada.*

*Desalentado, mira a su alrededor como si esperara descubrir un sitio donde no se le haya ocurrido buscar.*

*Repara en las hierbas y va hacia la mesa. Saca el gran manojo de malezas y hierbas que hay en la lata. Al fondo de la lata descubre algo. Es un envoltorio. Una especie de paquete hecho con un trapo o un pañuelo. Nerviosamente lo deshace. Asombrado, mira lo que hay en su interior: Una muñeca de trapo. Mira la muñeca sin comprender.*

*Coge un cuchillo con ansiedad y desgarrar el cuerpo de trapo de la muñeca. Cae el aserrín al suelo. Dentro de la muñeca no hay nada. Martín mira la muñeca destripada, perplejo.*

*En ese momento se abre la puerta y entra Rafael. Trae una botella de whisky que deja sobre la mesa. Mira con curiosidad a Martín.*

RAFAEL No debiste destripar esa muñeca. Ana le tiene mucho cariño.

*Abre la botella de whisky.*

(Irónico) ¿Buscaste en todos lados?

Rafael bebe de nuevo.

Martín no le contesta. Le da la espalda. Va hacia el invernadero y coloca un poco de agua a calentar.

Es peligroso para Ana andar con eso encima.  
MARTIN ¡Es absurdo! Ana no es un traficante.  
RAFAEL ¿Y por qué te pusiste a buscar como un loco en cuanto salí de aquí?

RAFAEL Lo primero que se te debe haber ocurrido es el armario, pero no creo que te hayas olvidado de mirar en los rincones. En las paredes hay huecos disimulados. Pudo hacer varios paquetes pequeños. ¿Pensaste en eso?

Un silencio.

Martín no le contesta. Sigue dándole la espalda. Rafael va hacia la mesa para buscar algo que le sirva para beber el whisky. Coge una de las tazas. Las huele.

¿Sabes, Martín?... Eres un ingenuo si no te das cuenta que Ana te usa.

MARTIN ¡Qué más da! Todos hacemos lo mismo.

RAFAEL Para ella sólo eres un encubridor. Porque al fin y al cabo, ¿qué sabes de ella? Quiero decir, ¿sabes lo que hace cuando se marcha de aquí?

Cannabis magenta silvestre... (Se ríe) Con esto sólo se ponen a tono los pastores y las cabras. Con un whisky conseguirías lo mismo.

MARTIN No. No me gusta hacerle preguntas.  
RAFAEL Deberías hacerlas.

Sirve whisky en la taza.

¿Quieres?

Martín se sienta con su taza de té en una silla. Rafael se acerca a él y se sienta también, cerca de él. Intenta establecer una cierta intimidad. A pesar de que sigue haciendo preguntas, ya no las hace en tono inquisitivo, sino amistoso, algo ansioso, incluso.

MARTIN No.

Rafael bebe.

RAFAEL ¿Por qué crees que se droga?

MARTIN No lo sé.

RAFAEL ¿Cómo se pudo hacer con medio kilo? Debe conocer más gente de la que yo imaginaba. Luego debe haber pensado: voy a esconderlo donde el tonto de Martín.

RAFAEL ¿Y tú? ¿Por qué lo haces?

MARTIN No lo hago.

MARTIN Nunca esté seguro de lo que piensa.

RAFAEL Está bien, ¿por qué lo hacías?

RAFAEL Medio kilo es algo muy gordo, ¿no crees? A lo mejor sólo quería pringarte.

MARTIN (En voz baja, sinceramente) Para huir... Era como abrir la ventana y escapar por los tejados.

Martín echa el agua en el té.

RAFAEL (Sincero, con preocupación) Ana también se escapa por los tejados. (Una pausa y luego casi dolorosamente) La recojo cada noche en un sitio diferente.

MARTIN Pierde el tiempo. Aquí no hay nada.

MARTIN Es libre. Es el único ser libre que conozco.

RAFAEL Es posible.

*Un silencio. Rafael se ha quedado algo pensativo. Martín bebe el té.*

RAFAEL Se quiso matar.

MARTIN (*Reaccionando bruscamente*) ¡Eso es mentira!

RAFAEL Se quiso matar dos veces. Tiene las cicatrices.

MARTIN (*Desconcertado, recordando*) ¿Cicatrices?

RAFAEL (*Con cierta angustia*) Terminará consiguiéndolo.

MARTIN ¿El qué?

RAFAEL Matarse.

MARTIN Es absurdo. Le ocurre todo lo contrario. No sólo quiere vivir su propia vida sino la de los demás. Es casi una obsesión. Quizás por eso...

RAFAEL (*Suavemente*) Se pincha, ¿verdad? ¿Crees que son alucinaciones?

MARTIN ¡No se trata de eso! Usted es un muerto al lado de ella. Ana no envejecerá nunca. Es... es una niña.

RAFAEL Eso, no ha dejado de ser una niña desde que la ficharon a los dieciséis años.

MARTIN (*Apasionadamente*) ¡Esa no es Ana! Es otra persona que se han inventado. Usted ni siquiera la conoce, sólo ha visto su ficha. Ana no oyó hablar de la droga hasta que me conoció... (*Se le quiebra la voz*) y no cayó en ella hasta que yo no la empujé.

RAFAEL (*Sorprendido*) ¿La empujaste?

MARTIN (*En voz muy baja*) Estaba asustada y la dejé sola.

RAFAEL Es una historia emocionante, Martín. Lástima que no sea verdad.

MARTIN (*Irritado*) ¡Usted no sabe nada de ella! ¡Sólo tiene en alguna parte sus fotos de frente y de perfil!

RAFAEL (*Sincero y casi para sí*) Es curioso.

No tengo fotos de Ana, pero la conozco muy bien, Martín.

MARTIN Por los informes estúpidos de algún comisario de turno.

RAFAEL No, no es por eso. (*Una pausa*) Vive conmigo.

MARTIN (*Asombrado*) ¿Vive con usted?

RAFAEL Sí, vive conmigo. Sólo viene a verte cuando se siente culpable o cuando quiere esconderse. Todavía no lo sé.

MARTIN ¿Qué quiere decir?

RAFAEL Te busca cuando la persiguen esos fantasmas que se inventa y que sólo tú pareces comprender, pero luego vuelve conmigo.

MARTIN ¿Por qué?

RAFAEL Necesita también un poco de seguridad, de lógica.

MARTIN (*Duro*) Ana no viviría jamás con un policía.

RAFAEL Qué raro que no hayas dicho: con un "maldito" policía.

MARTIN ¡Ana no viviría jamás con un maldito policía!

RAFAEL Pero lo hace. Lo siento, Martín, hazte a la idea. Bueno, no todo el tiempo está conmigo, claro. Ya sabes, se va, vuelve, busca sus contactos, se esconde, me miente y vuelve a marcharse.

MARTIN (*Angustiado y para sí*) ¿Por qué iba a hacer eso?

RAFAEL Quizás porque le gusto, ¿no crees? Ana necesita calor, aunque sólo hace bien el amor cuando está "colocada".

MARTIN ¡Miente!

RAFAEL La piel se le pone sensible como si le conectaran electricidad. No necesito ni tocarla.

MARTIN (*Exasperado*) ¡Cállese!

RAFAEL ¿Quieres que te diga las cosas que le

gustan para que me creas? Es infantil y perversa al mismo tiempo. Se quedó en la etapa oral. Con la boca puede hacerlo todo.

No puedes imaginarte qué cosas.

MARTÍN (*Violento*) ¡Cállese, maldita sea!

*Martín se lanza, ciego, sobre Rafael. Este consigue eludirle y reducirle con dos golpes secos propios de un experto. Martín se dobla sobre sí mismo. Se hace un ovillo y se queda quieto, jadeando. Rafael va hacia la mesa y sirve whisky en la taza y le alarga la taza a Martín.*

Bebe. Se te pasará enseguida.

*Martín bebe sin dificultad.*

No he querido hacerte daño, Martín, ¿y sabes por qué?... Porque es lo que tú esperas de mí. A tu manera, me usas también.

Necesitas ser castigado, necesitas sentirte pagando esa estúpida culpa que crees tener por pincharte. Me usas para que te humille y así sentirte mejor. Toda la gente como tú - Ana también - necesita desesperadamente un verdugo para justificarse. Lo siento, tendrás que arreglártelas con tu culpa como puedas. Será la última vez que oficie de verdugo. No creas que me importa que os inyectéis un sueño demente cada día. Lo que me molesta es que os queráis liberar pidiendo a gritos el castigo. A vuestra manera sois unos puritanos de vía estrecha.

*Ahora es Rafael el que se sirve un trago.*

Claro que esa no es tampoco toda la verdad.

Yo también me aferro a Ana.

*Rafael se acerca a Martín. Como intentando hacerle una confidencia.*

Quizás estamos hablando de dos mujeres diferentes. No me importa que Ana venga aquí a compartir su dosis de locura contigo. Sólo quiero que vuelva, pero ella es un espejismo, ¿verdad?

*Martín no contesta.*

*Rafael lo toma del brazo, creando aun más la sensación de confidencia.*

¿Sabes, Martín? Estuve casado con una mujer sensata, tuve dos hijos sanos y hermosos, pero preferí el espejismo. Lo mío no es droga, pero ya ves, es casi lo mismo.

*Martín le mira y luego con un gesto brusco y agresivo desprende la mano de Rafael de su brazo.*

*Rafael se queda un momento inmóvil, sonriendo, frustrado.*

Gracias, Martín, me has despertado. Por un momento creí que me podías ayudar.

*Rafael coge el clarinete de Martín y echa whisky en la pequeña bocina.*

*Martín intenta quitarle el clarinete, pero Rafael lo empuja riéndose.*

(*Brinda*) ¡Por tus hermosos sueños, amigo! Dile a Ana que la estoy esperando en la cama.

*Rafael bebe en el clarinete y luego lo arroja lejos. Inicia el mutis, pero antes de salir se detiene y se vuelve hacia Martín.*

RAFAEL (*Ahora frío y distante*) Seguramente ya se ha corrido por la ciudad que ella tiene escondido medio kilo de felicidad. Ana se encargará tontamente de contárselo a medio mundo. Pensarán que es mucha felicidad

para ella sola y empezarán a caer por aquí todas las avispas adictas del ambiente. ¡Será una fiesta!

*Rafael sale.*

*Martín se pone de pie en forma vacilante. Recoge el clarinete abollado y todavía goteando whisky. Lo limpia y lo seca ansiosamente y con amoroso cuidado. Intenta tocar con él. El sonido no sale o si sale es solo un zumbido grotesco. Casi con desesperación, Martín sopla de nuevo en el clarinete. Nueva frustración. Deja caer sus brazos a lo largo del cuerpo, sosteniendo un momento el clarinete estropeado que cae finalmente al suelo. Allí de pie, inmóvil, cara al público y mirando al vacío, Martín empieza a sollozar suavemente.*

*La luz decrece paulatinamente. Se produce el oscuro.*

*En medio de la oscuridad surge el solo del clarinete como un lamento y luego se quiebran sus notas como un sollozo. Silencio.*

*Aun con el escenario oscuro, se abre la puerta y entra Ana. Sostiene un mechero para no tropezar. Una luz tenue ilumina el escenario. Martín no está. Han transcurrido algunas horas y Martín debe estar en el dormitorio.*

*Ana entra sigilosamente. No quiere encender la luz. A veces mira hacia la puerta del dormitorio.*

*Busca algo en el desorden de la habitación, ayudada por la luz débil del mechero. Encuentra la cabeza de cartón del cabezudo. Busca algo en el interior de la cabeza de cartón y saca una bolsita de plástico. De ella separa un sobrecito muy pequeño.*

*En ese momento se ilumina el escenario. Martín ha encendido la luz y está de pie en el umbral de la puerta del dormitorio. Ana se sobresalta. Aun tiene el pequeño sobre en la mano.*

*Martín va hacia ella y le quita bruscamente el pequeño envoltorio y vuelve al dormitorio. Se escucha el ruido del agua de la cisterna del water.*

*Ana se deja caer al suelo. Se sienta en el suelo*

*como si los músculos de las piernas se le hubieran aflojado. Martín entra de nuevo.*

*ANA (Sin mirar a Martín y en forma suplicante)*

Por favor...la necesito.

*MARTIN (Frío) ¿Dónde está el resto?*

*ANA No... no debiste tirarla.*

*MARTIN Has robado medio kilo.*

*ANA ¿Quién te ha dicho eso?*

*MARTIN Rafael.*

*ANA ¿Estuvo aquí?*

*MARTIN Va a volver.*

*ANA ¿Me busca?*

*MARTIN A ti no. Busca la droga.*

*ANA Dame algo de beber.*

*MARTIN Agua.*

*ANA Sí, agua.*

*Martín le da agua. Ana bebe con avidez.*

*MARTIN Volviste sólo para esconder esa mierda. ¡Sácala de aquí y lárgate!*

*ANA No entiendes nada.*

*MARTIN No hay nada que entender. ¡Vete de una vez!*

*ANA (Desolada) ¿Por qué?*

*MARTIN Tienes donde ir. Vives con un policía.*

*ANA He vivido con policías, con ladrones, con payasos. No me acuerdo. Por favor, no nos hagamos reproches.*

*MARTIN No te los estoy haciendo. Sencillamente te digo que recojas la basura que escondiste aquí y te largues.*

*ANA (Con un hilo de voz) Sí.*

*Ana, insegura, coge la cabeza de cartón del cabezudo y se dispone a salir. Martín no sabe que el resto de la droga está dentro de la cabeza.*

*MARTIN Deja esa cabeza. La necesito para mi número.*

Ana se vuelve hacia él, casi en la puerta, parece desvalida.

ANA (Como hablando de lejos) Yo también la necesito.

MARTIN (Asombrado) ¿Quieres decir que escondiste ahí...?

ANA Sí.

Ana se coloca la cabeza sobre los hombros, casi como un acto reflejo. La máscara tiene una expresión risueña y grotesca. Con la cabeza de cartón sobre los hombros se dispone a salir.

MARTIN ¡Espera!

Ana se detiene.

¡Es tan absurdo!

Martín se empieza a reír nerviosamente, casi a pesar suyo.

Ana está de pie, inmóvil, con los brazos caídos y el mascarón puesto. De pronto, se estremece. Martín deja de reír.

MARTIN (Desconcertado todavía) No entiendo nada. ¿Por qué no te mueves?

Ana empieza a tiritar. Al comienzo solo un poco, pero luego con mayor continuidad.

¿Qué te pasa?

Va hacia ella y le quita la cabeza del muñeco gigante. Debajo del mascarón Ana parece descompuesta.

ANA Tengo frío.

Martín deja la cabeza en un rincón y lleva a Ana hasta la silla. Le echa una manta sobre los hombros.

MARTIN Te prepararé una taza de té. Se te quitará enseguida

ANA (Con un hilo de voz) Sólo se me quitará de otra manera.

MARTIN Aguanta.

ANA No puedo.

MARTIN Puedes.

ANA Me siento muy mal.

MARTIN Lo sé. Te sentirás peor dentro de un rato y mucho peor todavía mañana por la mañana.

Envuelta en la manta y vacilante, Ana va hacia la puerta.

ANA Déjame. Me marcho.

Martín se interpone con rapidez.

MARTIN Siempre te fuiste cuando te dio la gana. Esta vez no. Esta vez te quedas.

ANA (Suplicante) ¡Quiero marcharme, Martín!

MARTIN No.

ANA Somos libres, Martín. Nunca intentamos retenernos.

MARTIN Tú no eres libre... ni yo tampoco.

ANA Déjame ir, Martín. Las palabras no sirven, están vacías. No puedes ayudarme. Estamos muy lejos. Dentro de un rato desapareceré como una burbuja.

MARTIN Sí, dentro de un rato desaparecerás y será para irte a la casa de ese policía. Dijo que te esperaba en la cama.

ANA (Insegura) ¡Dios mío, no sé de qué me hablas! Siento que mi cabeza se hincha como la de ese muñeco.

Ana se tambalea.

MARTIN (Enérgico) No irás a su casa, por lo menos esta noche.



ANA (*Como si tardara en comprender cada frase*) ¿Cómo sabía Rafael que yo vendría aquí?

MARTIN Es el primer lugar donde se le ocurriría buscar a cualquiera. Te conoce mejor que yo.

ANA (*Ensimismada*) Yo sueño a veces con él. Es curioso que nunca sueñe contigo. Le veo correr detrás de mí hasta que me meto en un agujero y el agujero se va haciendo cada vez más pequeño.

MARTIN Esto no es un sueño. Y no parece que te sigue sino que tú le sigues a él.

ANA No lo sé.

MARTIN ¿Por qué no lo dejas?

ANA Es lo que he hecho muchas veces, pero él sabe que volveré.

MARTIN ¿Por qué?

ANA Dependo de él.

MARTIN ¿Tú? Tú no dependes de nadie.

ANA Con él consigo la droga.

MARTIN Querrás decir que te la quita.

ANA Se la quita a unos, se la da a otros.

MARTIN ¿Un policía? No sabes lo que dices.

ANA Tiene todos los contactos. Conoce el medio. Requisa. Tiene ficheros. Es el proveedor más seguro. Nunca le falta.

MARTIN ¿Quieres decir que lo que busca estaba en su casa y tú lo robaste?

ANA Sí.

MARTIN ¡Otra de tus fantasías!

ANA No me importa depender del maldito pinchazo, pero no quiero depender de él.

MARTIN Estás mintiendo, Ana, o mejor dicho, te inventas tus propias verdades. Ahora resulta que él confisca drogas, te ficha, te busca. Tú le robas y le chantajeas en la cama. Todo esto parece bastante idiota, pero no es imposible. De todas formas, hay algo más. (*Una pausa*).

Lo sentí hoy por primera vez.

ANA ¿Qué?

MARTIN Te ama.

*Ana se hace un ovillo sobre sí misma. No contesta.*

*Después de un silencio.*

ANA Era una noche de verano. Había mosquitos. Estábamos esperando al lado del río. Olía a brea, a podrido.

MARTIN ¿De qué estás hablando?

ANA La noche que conocí a Rafael. Me llevó allí un soldado. Dijo que tenía un buen contacto.

Después de esperar mucho rato, apareció un actor muy pintado. Yo creí que era el contacto, pero no lo era. (*Una pausa*).

Estaba amaneciendo cuando apareció.

MARTIN ¿Quién?

ANA Rafael.

MARTIN ¿Dijo que era un policía?

ANA Sí. El soldado echó a correr. El actor pintado se puso a llorar y a vomitar.

MARTIN ¿A dónde los llevó?

ANA A ninguna parte. Sólo a mí me retuvo.

MARTIN ¿Te interrogó?

ANA No. Me llevó a su casa.

MARTIN ¿Por qué me cuentas todo esto?

ANA No me tocó. Sólo me pidió que me desnudara. El también se desnudó. Estuvimos así, sin tocarnos, mirándonos.

*Parece que ha terminado. Se queda en silencio.*

Dejó que me pinchara. No se movió cuando lo hice. Me miraba, nada más.

ANA El sol empezaba a entrar por la ventana. Nunca me he sentido mejor en mi vida, sentada allí en el suelo, desnuda, muy cerca de ese hombre al que le veía los nervios, los

músculos, los cartílagos gelatinosos, los huesos fosforescentes. Le veía circular la sangre sin prisa por las venas azules. No teníamos por qué tocarnos. Estábamos mirándonos por dentro. Por eso me quedé con él.

MARTIN ¿Un mes? ¿Un año?

ANA ¡Qué importa!

MARTIN Yo, mientras tanto, cada mañana te preparaba una taza de té que se quedaba fría.

ANA ¿Por qué me esperabas? Ya lo hemos hablado. Es inútil esperar a nadie.

*Ana tiene un fuerte estremecimiento.*

Cierra las puertas.

MARTIN Están cerradas.

*Martín la cubre con la manta con ternura.*

Bebe esto. Puedes aguantar. Quizás hasta consigas dormir. Voy a apagar la luz.

ANA (*Asustada*) ¡No, por favor! Si no te veo me volvería loca. Toca el clarinete.

MARTIN No puedo.

ANA ¿Por qué?

MARTIN No suena.

ANA ¿Qué?

MARTIN Está estropeado. No sonará nunca más.

ANA ¡Es imposible! ¡Es tu clarinete! No puedes pasarte sin él.

MARTIN Echó whisky dentro.

ANA ¿Quién?

MARTIN Rafael.

ANA ¡Dios mío! ¿Por qué hizo eso?

MARTIN Quiso brindar. Me deseó felices sueños.

*Coge el clarinete.*

MARTIN Quizás vuelva a sonar alguna vez.

*Ana está nerviosa.*

ANA Quizás suene el clarinete, quizás sobrevivamos, quizás nos volvamos a ver alguna vez... quizás... quizás...

Hay cosas que son reales, que no son quizás.

*Ana va hacia la cabeza del muñeco, la levanta y la da vueltas mirando en su interior. Martín va hacia Ana y la coge con rudeza de los brazos, hablándole energicamente para hacerla reaccionar.*

MARTIN ¡Ana, yo soy más real que esa cabeza de cartón!

ANA No, no eres real. Sólo hay una cosa real y la necesito ahora mismo.

MARTIN ¡Ana, soy de carne y hueso! ¿No sientes que te estoy clavando las uñas? ¡Estamos juntos! Yo también pasé por esto. Yo sé lo que te pasa.

*Ana le rechaza con cierta crispación nerviosa.*

ANA ¡Nadie ha pasado por esto! Parece que siempre es la primera vez. Eso es lo maravilloso. No hay compañeros de vuelo. Es como si nunca hubiera ocurrido hasta hoy.

*Ana busca febrilmente el paquete de plástico dentro de la cabeza. Martín se enfrenta a Ana con dureza.*

MARTIN ¡Basta! No dejaré que toques esa mierda.

ANA (*Crispada y furiosa*) ¡No te metas en esto! Es mi forma de vivir.

MARTIN De morir, más bien.

ANA De morir, exactamente. Pues escucha

esto: ¡Quiero morir como me dé la gana! No quiero a mi alrededor predicadores ni samaritanos. ¡Métete en tu cloaca particular y déjame en la mía en paz!

MARTIN (*Duro*) Se acabó el juego de la libertad, Ana. Estoy dispuesto a atarte en esa silla.

ANA ¡Tendrás también que amordazarme, porque voy a decirte todo lo que pienso de ti!

MARTIN No, no te amordazaré, pero no quiero que toques esa porquería.

ANA (*Con desprecio*) Crees estar vivo y estás muerto. Al dejar la droga dejaste también la rabia, la imaginación, la audacia. ¿Qué haces aquí metido? ¿Qué has hecho desde hace un año o dos o tres, ya no me acuerdo? ¿Qué haces, Martín?

MARTIN Toco el clarinete.

ANA ¿Y para qué tocas el clarinete?

MARTIN Ensayo.

ANA No ensayas. Estás lleno de miedo. Te has convertido en un conejo asustado en su madriguera.

MARTIN Quiero prepararme. Antes era sólo un irresponsable.

ANA Un artista es siempre un irresponsable. ¿Cómo quieres ser normal y crear al mismo tiempo cosas de la nada? No se puede estar a un lado y al otro de la barrera, con la razón y la locura. ¡Pobre idiota! Ya no tocarás más el clarinete ni te acercará al misterio de las cosas. Estás acabado. Eres sólo un mequetrefe que se cree respetable y tiene miedo de salir a la calle, porque dejó de pincharse.

MARTIN No todos piensan como tú.

ANA Ya nadie se acuerda de ti.

MARTIN ¡No es verdad! Vienen a buscarme. Insisten para que vuelva. Me llaman.

ANA ¿Y por eso huyes de una casa a otra, de un

ático a un sótano?

MARTIN Necesito volver con algo realmente bueno.

ANA Eso ya es imposible, Martín. La música se terminó para ti. Ya no eres capaz de inventar nada nuevo. Te has vuelto tan torpe que Rafael te ha hecho un favor oxidándote el maldito clarinete.

MARTIN (*Gritando*) ¡Cállate!

ANA (*Gritando también*) ¡Te estás muriendo de asco, Martín, y ésa es la peor muerte de todas!

MARTIN ¡Mentira!

*Martín le da una bofetada a Ana, que se tambalea y cae de rodillas. Martín se queda aterrado de lo que ha hecho. No se mueve. La tensión y la violencia han desaparecido. Martín habla en tono bajo, sin compasión de sí mismo, comprobando objetivamente su fracaso.*

MARTIN No, no es mentira. Has dicho la verdad.

*Un silencio.*

Algún mecanismo se quebró en mí. No sé cómo ni por qué. Igual que el clarinete, un día, sencillamente, dejé de tocar. Sólo en una cosa estás equivocada. No fue por dejar la droga. Fue mucho antes.

*Martín va al primer plano, dándole la espalda.*

Ocurrió una noche. Había estado magnífico. Me sentía con un magnetismo raro. Sentía en la piel la atención del público. Cualquier movimiento que hiciera, cualquier nota, resultaba inédita, emocionante, estaba en trance... y, de pronto, supe que no iba a poder continuar.

*Un silencio.*

ANA (*En un susurro*) Tu hijo.

MARTIN Sí. Había muerto por la tarde, atropellado. Tenía tres años. A veces irrumpía desnudo en el escenario. La gente se reía y yo tocaba el clarinete sólo para él, bajo el foco. Era maravilloso tocar sólo para un niño desnudo que no sabía que lo estaban mirando mil personas.

¿Te lo había dicho?

ANA No, pero lo sabía. Uno sabe esas cosas sin que se hable de ellas.

MARTIN Mi mujer se quedó sola, desesperada. Me fui. De verdad, no me importaba. Sólo me importaba...

ANA El niño.

MARTIN Sí.

ANA Y cada vez que tocas, esperas que aparezca bajo la luz el niño desnudo.

MARTIN Tengo que tocar para alguien. Entonces tocaba para él. Ahora...

*Un silencio.*

ANA (*En un susurro*) Podrías tener un hijo.

MARTIN (*Bruscamente se vuelve hacia ella*) Jamás.

Sería espantoso. No vuelvas a hablar de esto. Lo que tengo que hacer es olvidar.

ANA (*Con un hilo de voz*) Volver a tocar.

MARTIN Sí, volver a tocar.

*Ana no se ha levantado del suelo, parece desolada.*

*Martín busca la botella de whisky que dejó Rafael sobre la mesa.*

ANA Martín...

*Martín no le ha oído.*

Martín... por favor.

MARTIN ¿Qué?

ANA (*Suplicando*) Déjame marchar. No puedo soportarlo. Necesito...

MARTIN (*Tranquilo*) Necesitas pincharte. Lo sé. Estás agonizando por meterte un gramo en las venas.

*Martín bebe un trago de whisky. Está sereno. va hacia ella.*

ANA Es inútil hablar.

MARTIN Sí, es inútil.

ANA Quiero irme.

MARTIN Lo sé, pero esta vez no quiero dejarte marchar. Si te tienes que ir, nos vamos juntos. Te acompañaré en el viaje.

ANA (*Sorprendida*) ¿Quieres... pincharte?

MARTIN Sí, no quiero dejarte sola ni siquiera en eso.

ANA No, Martín, no empieces de nuevo.

MARTIN Contigo no importa.

ANA ¡No, por Dios!

MARTIN (*Arrodillándose al lado de ella*) ¿Quieres pincharte o no?

*Un silencio.*

*Ana está angustiada. Tiene la cabeza gacha. Martín se la coge y la levanta hasta tenerla muy cerca de la suya.*

ANA (*Con un susurro*) Sí.

MARTIN Entonces, vamos a volar.

ANA Sí, juntos.

*Martín va hacia el rincón donde está tirada la cabeza gigante del muñeco. Se dispone a sacar la droga del interior, cuando se abre la puerta con suavidad. Martín se queda inmóvil, con la cabeza del muñeco en las manos.*

*En el umbral de la puerta está Rafael. Rafael entra cerrando la puerta.*

*Se queda mirando a Martín que tiene un aspecto grotesco, con la cabeza del muñeco en las manos y una expresión sorprendida y asustada. Rafael se echa a reír.*

RAFAEL ¿Nadie te ha dicho nunca que eres el payaso más triste que uno puede echarse a la cara?

MARTIN Me lo han dicho muchas veces.

RAFAEL Hazme un favor, ponte esa cabeza. Nunca te he visto actuar.

*Martín, automáticamente, se pone la cabeza del muñeco.*

(Sonriendo) Te queda mejor que la tuya, por lo menos es más divertida.

*Martín se quita la cabeza y la deja cerca de la puerta.*

RAFAEL (Con cierta ironía) Perdona que haya entrado sin llamar, pero la puerta estaba abierta. Es raro que estuviera abierta, ¿verdad?

MARTIN No, no es raro. Aquí entra y sale todo el que le da la gana.

RAFAEL ¿Lo dices por mí?

*Un silencio.*

He vuelto, porque necesito hablar con Ana.

*Durante todo este diálogo, Ana ha estado acurrucada, hecha un ovillo expectante. Rafael la mira.*

*(Indicando a Ana con un movimiento de cabeza)*

¿Qué le pasa?

MARTIN Está cansada. Debería comer.

RAFAEL ¿Por qué no bajas a comprar algo?

MARTIN ¿Whisky?

RAFAEL No, algo para comer. Quizás

comiendo algo se nos quite a todos el mal humor.

MARTIN Bajaré luego. (Resulta evidente que Martín no quiere dejar sola a Ana con Rafael).

RAFAEL ¿No dijiste que debería comer? ¿O no tienes dinero?

MARTIN Sí, tengo.

RAFAEL ¿Entonces?

MARTIN No me gusta recibir órdenes.

RAFAEL No son órdenes, Martín. Soy práctico, nada más. Olvido siempre que sois muy sensibles.

MARTIN (Agresivo) ¿Somos? ¿Quiénes somos sensibles?

RAFAEL (Con ironía) Los músicos, claro, ¿a quién creías que me podía referir? ¿O los clarinetistas sois diferentes?

MARTIN No, no somos diferentes. Aquí el único diferente es usted.

RAFAEL Es posible. (Cambiando de tono, ahora amable) Por favor, Martín, ¿podrías bajar y traer algo para comer?

MARTIN ¿Por qué no se va a comer a cualquier parte y nos deja en paz?

RAFAEL No es por mí, es por Ana.

MARTIN Sé muy bien lo que necesita Ana.

RAFAEL No estoy muy seguro de eso. En fin, si no quieres bajar, llevaré a cenar a Ana a algún sitio.

MARTIN Está bien.

(Dirigiéndose a Ana) Vuelvo enseguida.

*Ana no parece haberle oído. No se ha movido. Martín inicia el mutis.*

*Al llegar cerca de la puerta, coge la cabeza del muñeco y sale con ella.*

*Rafael va hacia la puerta y la cierra con cerrojo. Luego, se sienta cerca de Ana.*

RAFAEL ¿Se lo dijiste?

*Un silencio.*

Ana...

ANA Sí.

RAFAEL Te estoy hablando.

ANA Ah, ya.

RAFAEL Te pregunto si se lo dijiste.

ANA No.

RAFAEL Viniste a eso, ¿no?

ANA Sí, vine a eso.

RAFAEL ¿O sólo querías esconderte, perderme de vista?

ANA No, vine a hablar con él.

RAFAEL ¿Y?

ANA Le hablé.

RAFAEL ¿Qué le dijiste?

ANA Mentiras. Siempre hago lo mismo. No quiero hacerlo, pero cuando estoy junto a Martín no puedo decirle la verdad.

RAFAEL ¿Qué clase de mentiras?

ANA Tonterías. No puedo evitarlo.

RAFAEL ¿Qué le dijiste?

ANA (*Cansada*) Cuando haces preguntas, interrogas como un policía.

RAFAEL (*Implacable, pero sin crueldad*) ¿Qué le dijiste?

ANA Que dependo de ti y que quería librarme de esa dependencia.

RAFAEL Ojalá dependieras de mí.

ANA No era mentira del todo. También dependo de ti, dependo de todos. Es horrible.

RAFAEL ¿Qué es horrible?

ANA Nunca he podido ser libre.

RAFAEL El hijo que llevas encima es el único que depende de ti. No dejaré que te drogues, sería matarlo.

ANA Es lo que querría.

RAFAEL ¿Tú?

ANA No, Martín. Querría que este hijo no

naciera, o que naciera muerto.

RAFAEL ¿Por qué?

ANA (*Crispada*) ¡Basta de interrogatorios!

*Un silencio.*

(*Con un hilo de voz*) No quiere tener otro hijo.

RAFAEL Entonces se lo dijiste.

ANA No pude decírselo. Le espanta la idea de un niño. Creo que lo odiaría. Volvería a revivir lo peor de su vida.

RAFAEL Eso no tiene nada que ver. Vas a tener un hijo de Martín. No me importa que sea de él, pero no dejaré que le hagas daño y te destruyas tú misma.

ANA ¿Más todavía?

RAFAEL Todavía no has terminado de destruirte.

ANA También te mentí en eso. Hace ocho meses que no veía a Martín.

RAFAEL (*Sorprendido*) Entonces este hijo tuyo...

ANA No es de Martín.

RAFAEL No entiendo. Has vivido conmigo...

ANA (*Irritada*) Y con otros, lo sabes.

RAFAEL Sí, pero... ¡es tan absurdo!

ANA ¡Por supuesto que lo es!

RAFAEL (*Casi para sí*) Creí que, a pesar de todo, terminarías siempre por quedarte conmigo, por preferir la seguridad.

ANA Ya ves, no ha sido así.

RAFAEL A pesar de todo, no permitiré que te pinches estando embarazada. Te seguiré a todas partes. Te encontraré si te escondes.

ANA (*Crispada*) ¡Déjame en paz! ¿Quién te crees que eres? ¿Mi marido, el policía de turno o Dios todopoderoso?

RAFAEL Es lo de menos. Nuestra relación no fue nunca real. Fue otra de tus fantasías.

ANA (*Desinflándose*) Las mentiras que invento tienen cada vez menos fantasía.

RAFAEL ¿Y por qué no le has dicho a Martín la verdad desde el comienzo? Estás embarazada, necesitas ayuda. No es tan difícil de decir.

ANA (*Levantando la voz*) ¡No necesito ayuda!

RAFAEL Le tienes miedo a las palabras. ¿Por qué? Martín y yo, y quizás cuántos más, todos hemos aceptado tu forma de vivir.

*Ana se pone de pie. Está muy tensa, temblorosa.*

ANA ¡Tu forma de vivir! Tiene gracia. Tratamientos psiquiátricos, crisis de abstinencia, electroshock, miserables proveedores, policías....

RAFAEL Sí, esa es tu forma de vivir. Cada uno elige la suya.

ANA (*En un grito casi*) ¡Yo no elegí nada!

RAFAEL Tampoco el hijo que vas a tener eligió a su madre.

ANA ¡No me tortures! ¡Vete, por favor!

RAFAEL Me iré cuando le hayas dicho la verdad a Martín.

ANA (*Exasperada*) ¡No hay verdades, Rafael! ¡Sólo hay huidas y escondrijos!

RAFAEL Vas a hablar con él. Cuando lo sepa me ayudará a llevarte a algún lugar.

ANA (*Angustiada*) ¿Algún lugar? ¿Qué lugar?

RAFAEL Un lugar donde te atiendan. Estás muy mal. No podrás superar esto tú sola.

ANA (*Suplicando*) No quiero estar encerrada, Martín. No podría soportarlo.

RAFAEL No vas a estar encerrada. Es ahora cuando estás encerrada. No tienes salida.

ANA (*Aterrada*) Voy a estar sola otra vez.

RAFAEL Como yo. ¿Cómo crees que he estado todo este tiempo?

ANA Esperándome, supongo.

RAFAEL Sí, esperándote, deseando que desbarates, cada vez que te veo, todo lo que he levantado con tanto cuidado.

(*Sincero*) Siempre busqué la seguridad, una especie de serenidad, y lo había conseguido.

Mi mujer, mis hijas estaban ahí, tan estables como yo, inmovibles. La casa, los horarios, todo parecía tan claro y ordenado. Mi mujer está llena de sentido común, de generosidad. Ni siquiera traté de explicarle por qué me iba. No habría sabido qué decirle.

ANA Yo... nunca te pedí nada.

RAFAEL Es una forma de exigirlo todo. Eres un viento loco y devastador, Ana. Detrás de ti sólo quedan ruinas.

*Un silencio.*

ANA (*Con una voz débil*) ¿Qué va a pasar, Rafael?

RAFAEL Dentro de unos meses vas a tener un hijo. Te sentirás mejor. Yo no volveré a verte.

ANA ¿Y ahora... ahora mismo?

RAFAEL Vas a hablar con Martín. Yo buscaré una ambulancia.

Quiero estar seguro de que alguien se ocupe de ti.

*Un silencio.*

RAFAEL ¿Vas a decírselo?

ANA (*Débilmente*) Sí.

RAFAEL ¿Todo?

ANA Sí.

RAFAEL ¿La verdad?

ANA ¿Cuál es la verdad?

*Rafael no alcanza a contestarle nada porque se escuchan golpes en la puerta.*

RAFAEL Debe ser Martín. Yo me marchó.  
Enviaré a alguien a buscarte. Martín te  
ayudará, estoy seguro.

*Rafael va hacia la puerta y la abre. Entra  
Martín. Inmediatamente mira con cierta  
aprensión a Ana.*

(Con ironía) ¿Dónde dejaste la cabeza,  
Martín? No me refiero a la tuya, sino a la del  
muñeco. Me resultaba muy divertida.  
Adiós.

*Rafael sale. Martín deja la bolsa de papel llena  
de comestibles encima de la mesa. Se acerca a  
Ana con cierta ansiedad.*

MARTIN ¿Qué te dijo? ¿Te interrogó?

ANA Rafael siempre hace preguntas.

MARTIN ¿Te amenazó?

ANA ¿Por qué iba a amenazarme?

MARTIN A través de la puerta oí que te decía  
algo de venirte a buscar.

ANA Eso dijo.

MARTIN Entonces piensa detenerte.

ANA No quiso decir eso.

MARTIN ¿Te registró?

ANA No.

MARTIN Habrá intentado asustarte. No te  
tocó, supongo.

ANA ¡Basta, Martín! Ahora eres tú el que me  
está interrogando.

*Martín va hacia la mesa y saca algunos  
comestibles de la bolsa de papel.*

*Ana está nerviosa. Va hacia Martín y se aferra  
a su brazo.*

ANA (Ansiosa) ¿Qué hiciste con la cabeza del  
muñeco?

MARTIN La tiré al incinerador.

ANA (Atónita) ¡Cómo has podido hacer eso!

MARTIN (Sarcástico) ¿Quemar tanto dinero?

ANA ¡Al diablo el dinero! (Desorientada) Y  
ahora... ¿qué voy a hacer?

MARTIN Apretar los dientes. Eso ayuda.

ANA (Furiosa) Ya lo he hecho. No sirve de  
nada.

*Ana camina por la habitación como si se  
sintiera acorralada.*

Martín... no voy a poder resistir.

MARTIN Claro que podrás.

ANA (Irracional) ¿Dónde la tiraste? Quizás  
todavía...

*Ana se dispone a salir precipitadamente. Ya no  
controla sus reacciones. Martín la detiene.*

MARTIN ¿Te has vuelto loca? ¡Se ha  
quemado! No existe. No cuentes con eso.

*Ana trata de soltarse.*

ANA (Gritando) ¡Déjame! ¡Suéltame!

MARTIN (Tratando de hacerla reaccionar)  
¡Es ahora cuando debes quedarte aquí! Sólo  
unas horas más, sólo un día.

ANA ¡No!

MARTIN Cuando te pase la crisis podrás irte.

ANA ¡Ahora no! ¡Suéltame! ¡Te odio! ¡Te he  
mentido todo el tiempo!

MARTIN Lo sé. No me importa.

ANA Te he estado usando. Sólo quería engañar  
a Rafael.

MARTIN Sigue usándome.

ANA (Gritando histérica) ¡Suéltame, cobarde!  
¡Basura!

*Martín la tiene sujeta con gran firmeza. Ana se  
pone a gritar presa de convulsiones. Está  
pasando por el peor momento de la crisis de  
abstinencia de droga. Martín la echa sobre los*



*cojines del suelo y la envuelve en la manta. La sujeta con fuerza. Ana trata de morderle, rabea, se retuerce, grita cosas ininteligibles, incoherencias. Martín se mantiene firme, pero tiene que hacer un gran esfuerzo para sujetarla. Poco a poco la violencia de los gritos y las convulsiones pierden intensidad. Ahora sólo jadea. Respira agitadamente mientras mueve la cabeza de un lado a otro. Martín jadea también. Ahora Ana se ha quedado quieta. Martín le seca el abundante sudor que la cubre.*

MARTIN Ahora te quedarás dormida, estoy seguro.

Ni siquiera soñarás. Caerás en un vacío blanco.

Yo creo que cuando uno es un niño duerme así.

ANA No dormiré nunca más.

MARTIN Has conseguido aguantar.

ANA Hasta la próxima vez, que será dentro de dos horas.

MARTIN Las próximas dos horas están muy lejos. Lo único importante es ahora mismo.

ANA Y ahora mismo debería hablarte. Vine a eso.

MARTIN Sabes que nunca necesitamos palabras para entendernos, por lo menos palabras normales.

ANA Hay cosas que sólo se pueden decir con palabras corrientes.

MARTIN Me lo dirás más tarde.

ANA Más tarde quizás no pueda.

MARTIN ¿Por qué?

ANA Porque estaré con un tapón de goma en la boca y unos alambres en las sienas.

MARTIN No hables de eso.

ANA Van a venir a buscarme.

MARTIN Ya lo sé, lo dijo Rafael, pero iré contigo.

Seguramente iremos a un hospital. Te

pondrán una inyección o algo así.

ANA Necesito otra clase de inyección.

MARTIN Todo eso se terminó. Está en el incinerador.

ANA La cordura me sienta muy mal, Martín. Lo mío es la locura.

MARTIN Y lo mío. ¿Sabes? Dos locos pueden hacer muchas cosas juntos.

ANA ¿Hacer cosas? ¿Destruirse, por ejemplo?

MARTIN Cosas más sencillas: pintarse la cara, guisar repollo con patatas, poner malezas en los floreros, dormirse desnudos al sol, hacerse el amor en los tejados...

ANA (*Interrumpiéndole*) Lo único que tienes que hacer es volver a tocar el clarinete.

MARTIN Ya no suena. Además, vivir es otra cosa. ¿A quién puede importarle un comino mi clarinete?

ANA A mí.

MARTIN Entonces algún día volveré a tocar el clarinete sólo para ti.

*Martín la besa con ternura.  
Un silencio.*

ANA ¿Qué sabes de mí, Martín?

MARTIN Nada. Sólo que entras y sales.

ANA Es poca cosa.

MARTIN Suficiente.

ANA A veces yo tampoco recuerdo más que eso: que entro y salgo...

¡pero debe haber más, mucho más!

MARTIN ¡Qué importa eso!

ANA (*Somnolienta*) Tendrías que saberlo. Cuando me acuerde te lo contaré todo.

MARTIN ¿Te llamas Ana, en realidad? Por lo menos quisiera saber tu nombre.

ANA No lo sé, Martín.

MARTIN ¿Y qué sabes?

ANA Casi nada. En vez de memoria tengo un túnel.

MARTIN De algo estarás completamente segura, ¿no?

ANA Sí.

MARTIN ¿De qué?

ANA De que voy a tener un hijo.

*Martín la mira incrédulo, sorprendido.*

MARTIN Viniste a decirme eso, ¿verdad?

ANA Sí.

MARTIN ¿De quién es ese hijo?

ANA Eso no es importante. Sólo sé que será un niño, que subirá desnudo al escenario para escuchar cómo tocas el clarinete.

*Ana esta durmiendo.*

*Martín coge el clarinete que estaba tirado en un rincón y se lo lleva a la boca. Intenta tocar con él. Sólo emite un zumbido sordo. Luego, poco a poco, va saliendo el sonido nítido, limpio.*

*Martín toca en el clarinete una extraña melodía que tiene algo de canción de cuna y también de*

*lamento solitario.*

*Toca largamente. Finalmente, el sonido se extingue en el instrumento.*

*Ana esta dormida.*

*En ese momento se escucha la sirena de la ambulancia. Desde muy lejos se va acercando hasta escucharse muy cerca.*

*Ahora cesa el sonido de las sirenas. Martín envuelve el cuerpo de Ana con la manta y la levanta con ternura. Se dirige con ella hacia la puerta. Ana se ha despabilado un poco.*

ANA ¿Qué pasa?

MARTIN Nos vamos.

ANA ¿Vienes conmigo?

MARTIN Sí. Sigue durmiendo.

ANA Estaba soñando, Martín.

*Martín sale llevando en sus brazos el cuerpo de Ana envuelto en la manta. Las cortinas se cierran lentamente.*

*Fin de la obra.*